

La gran lección de Kant sobre la naturaleza del filosofar

§ 1. Kant, el Maestro

Gran maestro es Kant. Después de él no se puede filosofar sin tenerle en cuenta de alguna manera. Aun cuando muchas de sus aseveraciones, de sus análisis y «críticas», de sus doctrinas y sugerencias nos den todavía que pensar, su magisterio indiscutible no se reduce a esta o aquella concepción notable, profunda o acertada. Emanan impalpablemente de su obra y de su persona puesta en ella. Por eso, Kant no nos interesa fundamentalmente porque en un momento determinado tuvo una gran responsabilidad histórica. Menos aún le vemos como una venerable reliquia, cuyo conocimiento amplíe nuestra información cultural. Su presencia en el acontecer filosófico de los siglos XIX y XX no nos lo muestra como una respetable pieza de museo. Pero entonces, ¿cuál es la dimensión capital de su magisterio, su transcendental y estimulante lección? Quizá radique todo en esto: En que Kant es una magnífica *encarnación del magisterio filosófico*, y en que... *aún nos da qué pensar*.

Desde muy joven, Kant emprendió consciente y decididamente la senda de la investigación y del magisterio de la Filosofía. Oficialmente *magister* desde los treinta y un años, ejerció su tarea desde los comienzos con tal entrega, acierto y simpatía, según confiables testimonios, que pronto se granjeó la admiración y el respeto de todos. Mas este éxito, ya notable, no se redujo al de su docencia directa en las aulas. Relativamente pronto, desde sus escritos, fue ampliando el área de su mensaje a interlocutores más lejanos. Mendelssohn, Lambert y otros dan buena prueba de ello. Pero fue con la *Crítica de la Razón pura*, obra que tardó en ser tenida en cuenta,

por la dificultad que entrañaba su lectura, con la que se inició su arrollador magisterio hasta horizontes insospechados. Cosa curiosa: aunque esta obra fue interpretada por sus contemporáneos de las maneras más controvertidas y dispares, y engendró tanto vehementes protestas como servilismos doctrinales, todos la trataron como algo inesquivable y con la que había que habérselas. Ya detectaban en ella, y en los escritos que la siguieron, ese mágico halo que envuelve los escritos de Kant, y que se impone más allá de sus profundas concepciones y teorías. Esa magia, pienso, radica en la *lección de filosofar* que contienen sus obras.

Kant mismo ha sabido indicarnos, explícitamente, algo de eso que constituye el *filosofar*. La finalidad de este escrito es la de reparar, una vez más, en cómo Kant ejerció y, a la vez, concibió esa noble tarea que busca la Filosofía en el filosofar. Y como eso le obligó a sumirse en su obra de un modo especial, aun cuando no nos guien pretensiones biográficas, no podremos evitar mencionar algunos rasgos o acontecimientos de su vida, que nos ayudarán a alcanzar mejor nuestra meta: La de captar en qué consiste la más noble, la más imperecedera lección de Kant.

§ 2. El sorprendente encuentro con Kant

Kant es un hombre que habla muy poco de sí. De sí mismo calla. *De nobis ipsis silemus*, anuncia al inicio de la *Crítica de Razón pura* en el lema tomado de Bacon, y que llega, prácticamente, a convertirse en divisa de su vida. Y conforme gana más en edad, su mutismo a este respecto crece. Se va entregando paulatinamente más a su obra, y da la impresión de que pretende desaparecer de nuestro campo visual. Cassirer dice que, «conforme envejecía, más se consolidaba en él este rasgo», de comunicarnos cada vez menos de sí mismo¹ (Cassirer piensa, sobre todo, en la correspondencia de Kant).

Y con todo, e incongruentemente con ese silencio, podemos afirmar que Kant es uno de los filósofos que conocemos personalmente mejor. No me refiero al conjunto de anécdotas que persiguen transmitirnos rasgos de su carácter y costumbres, que tan populares se han hecho, sobre todo desde que las dieron a conocer Borowski, Jachmann y Wasianski² (que, por cierto, también nos informan de

¹ Ernst Cassirer, *Kants Leben und Lehre*. Berlín, Bruno Cassirer, 1918, p. 5.

² Sus biografías aparecieron conjuntamente en Königsberg en 1804, bajo el título de *Über Immanuel Kant* (en tres volúmenes), y las editó Nicolovius. Difundidas en nuestro siglo a través de la edición Alfons Hoffmann de 1902, en primer lugar, fueron posteriormente mejor editadas por Félix Gross, Berlín, 1912; esta edición ha sido reproducida en Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968.

dimensiones importantes de su persona). En primer lugar, contamos con pocas, pero sustanciosas, referencias, «confesiones», del propio Kant. Pero, sobre todo, con su sorprendente y extraña presencia en sus escritos.

Sí, este hombre cultivador de la distancia, que sólo se tuteó con un único amigo, que durante años estaba ausente del trato con sus familiares, se asoma y muestra en su obra, con toda la carga humana de que era capaz, ofreciéndonos una imagen de sí mismo vívida, casi vibrante. Está en ella, aunque no sepamos cómo. Sentimos su presencia *real*, su carga humana pensante, al hombre característico que nos habla. No es preciso estar habituado a la lectura de sus obras, seriamente informado de puntos clave de su doctrina: basta hacer la experiencia de encarar cualquiera de sus escritos. Si estamos atentos, si vamos repensando lo que en ellos se nos intenta transmitir, pronto sentimos que el autor aparece ante nosotros, atónitos, estimulando una respuesta, un especialísimo diálogo.

Y, a la vez, somos conscientes de que no podemos definirlo, expresar ese qué que nos enfrenta; quizá, justamente, porque es un auténtico *quien*. Su vida, carente de acontecimientos *exteriores* (aparte de los que recogen esas cuatro anécdotas, que se ensañan con sus costumbres obsesivas), nos aparece traslúcida, casi en su secreta intimidad, a través de su obra. No es como Tomás de Aquino, prácticamente ausente de sus escritos, casi su autor anónimo. Más bien nos recuerda a Aristóteles. Y quizá porque, como Kant (tal vez en ello radique el secreto que deberemos desvelar), medita y piensa ante nosotros, permitiéndonos asistir al ejercicio del filosofar.

A ello ayuda su honrada sinceridad, a pesar de sus dotes de prudencia y diplomacia. El 8 de abril de 1766 escribía a Mendelssohn: «Es verdad que pienso muchas cosas, con la convicción más clara y para mi mayor satisfacción, que nunca tendré el valor de decir; pero nunca diré algo que no piense»³. Ya Schelling, en la nota necrológica que compuso a su muerte en 1804⁴, se refería a su «sinceridad filosófica» (el subrayado es suyo), insistiendo con ello en uno de los rasgos más impresionantes de Kant. A pesar de que tal «sinceridad», si atendemos a la carta escrita a Mendelssohn, no es incompatible con el callarse ciertas cosas. Es que, justamente, la sinceridad radica en el modo de apertura y de mostración, y no sólo en lo que se pone a la luz del día.

³ Vol. X, p. 69 de la Akademie-Ausgabe. A partir de ahora se citará siempre por esta edición, indicando en números romanos el volumen, y en arábigos, la página.

⁴ Friedrich Wilhelm Joseph Schellings *sämtliche Werke*, ed. de su hijo, sección I, vol. 6, Stuttgart und Augsburg, Cotta'scher Verlag, 1860; pp. 1-10. La expresión «*philosophische Aufrichtigkeit*», p. 6.

En la búsqueda y esclarecimiento, a lo largo de este estudio, de aquello en lo que consiste el filosofar para Kant, y cómo se hace presente en su obra y se convierte en su especialísimo magisterio, atenderemos al camino que siguió hasta conseguirlo. Contamos hasta con su testimonio propio.

§ 3. *El primer rastro de la vocación de Kant*

El primer documento kantiano sobre su decidida vocación, como es bien conocido, se encuentra en el Prefacio a sus *Pensamientos sobre la verdadera apreciación de las fuerzas vivas* (*Gedanken von der wahren Schätzung der lebendigen Kräfte*). En este su primer escrito, obra de los veinte años (estaba ultimada en 1746, aunque aún tardó en aparecer), afirma en el citado Prefacio (compuesto casi con seguridad en 1746, por tanto, cuando contaba veintidós años de edad): «Me he trazado ya el rumbo que quiero mantener. Empezaré mi curso y nada me impedirá proseguirlo»⁵. Su tono contundente nos sorprende; parece estar muy seguro de sí mismo. ¿Qué curso se ha marcado, del que es un *specimen* esta obra, presentada por él como un tratado del Método?⁶ Lessing, que tomó noticia de esta notable declaración (él mismo era cinco años más joven que Kant), escribió en julio de 1751 el conocido epigrama (a pesar de haberlo suprimido en la primera edición de sus *Sinngedichte*, 1753), cargado de ironía:

«Kant unternimmt ein schwer Geschäfte
Der Welt zum Unterricht.
Er schätzt die lebend'gen Kräfte,
Nur seine schätzt er nicht»⁷.

(«Kant emprende un difícil quehacer, el de adoctrinar al mundo. El que valora las fuerzas vivas, sólo las suyas no valora.»)

Lessing comprendió bien: Se trataba de elegir el magisterio. Pero no el «universal». En 1786, en *Was heisst: Sich im Denken orientieren?* (¿Qué significa orientarse en el Pensamiento?), respondía Kant, inadvertidamente, a la ironía de Lessing, al escribir en la última nota de su opúsculo, cargado ya de experiencia: «Educar a sujetos singulares es fácil. Ilustrar a una generación, por el contrario, es muy difícil» («Ein Zeitalter aber aufzuklären, ist sehr langwierig»⁸).

⁵ I, 10.

⁶ I, 94.

⁷ Citado por Karl Vorländer, *Immanuel Kant: Der Mann und das Werk*, 1.ª ed. 1924 en dos vols.; 2.ª ed. ampliada, Hamburg, Meiner, 1977; cf. p. 61.

⁸ VIII, 147, nota.

La autoconvicción que reflejaba aquel escrito venía, además, envuelta de cierta fatuidad. Nos dice allí, cómo se siente orgulloso por apañiar en falta «a un mismo señor Leibniz». «Nunca más ha escrito posteriormente Kant en tal modo», escribe severo Jaspers en *Die Grossen Philosophen*⁹.

Pero fuera cual fuera la inflexión psicológica de la confesión, expresaba algo más significativo que una banal autosatisfacción: «La noble confianza en las propias fuerzas, anima e impulsa nuestros esfuerzos, lo que es fomento para la búsqueda de la verdad»¹⁰. Ese ponerse en manos de «las propias fuerzas», ese apoyarse en sí mismo, nos resulta ya muy «kantiano», y, en el fondo, estaba ya aludido en el lema de la obra, tomado del *De vita beata*, de Séneca: «Pergentes, non qua eundum est, sed qua itur»; es decir, hay que identificarse con el propio rumbo y no con ninguno impuesto («por el que se deba recorrer»). ¿No está aquí ya veladamente anunciada la concepción posterior de Kant, de que el hallazgo de la verdad está presidido por aquella apelación a sí mismo, basado en aquella autoconfianza, a la que podríamos llamar *apropiación personal de la razón*?

§ 4. El momento del desaliento

La carrera tan conscientemente emprendida por Kant queda oculta para el mundo exterior durante unos años, porque el joven pensador se retira de la escena pública para dedicarse al estudio, a la meditación, a la composición de nuevos escritos, y para conseguir, como dice Cassirer, «la independencia social y la autodestinación»¹¹, en que siempre Kant cifró la felicidad.

Pero al volver a Königsberg y emprender la tarea docente, comienza para él una larga y penosa fase de su vida. Conservamos un documento, de Kant mismo, muy expresivo al respecto. Es *magister* en la Universidad de Königsberg. Día tras día prepara e imparte lecciones, perfila conceptos, repite, durante demoradas horas, el fruto de sus estudios. Como sabemos, por referencias, con alegría y jovialidad (el testimonio de Herder es enormemente elocuente en este punto¹²); pero lo que no deja traslucir a lo que parece, también a

⁹ Vol. I, sección: *Die fortzengenden Gründer des Philosophierens. Plato, Augustin, Kant*. Sigo la ed. de esta sección, que bajo el título de *Drei Gründer des Philosophierens*, publicóse en München, Piper, 1965, p. 181.

¹⁰ I, 10.

¹¹ *Op. cit.*, p. 30.

¹² *Briefe zur Beförderung der Humanität*. Carta 79. En la ed. Suphan, vol. XVII, p. 404. En *Herders Werke in fünf Bänden*, Berlin und Weimar, Aufbau-Verlag, 1978, vol. 5.º, pp. 154-155.

veces con desánimo, abrumado por el monótono trabajo, indefinido, agotante. Lo sabemos por una de sus raras confidencias. Tiene treinta y cinco años cuando escribe, el 28 de octubre de 1759, a su amigo Johann Gotthelf Lindner: «Me siento cada día ante el yunque de mi pupitre y prosigo el pesado martillar al unísono compás de lecciones parecidas entre sí. A veces me incita una tendencia de noble naturaleza a expandirme algo sobre esta angosta esfera, no importa adonde; pero la penuria, con voz turbulenta, al arremeter al instante contra mí, presente y siempre verídica en sus amenazas, me arrastra de nuevo sin demora al pesado trabajo»¹³. Kant experimenta la carga y aún, a veces, titubea, añorando campos de acción más brillante, tal vez. Aún no se ha identificado totalmente con su destino. Con todo, no debió de ser sólo la pobreza la que le animó a perseverar en su modesta, pero digna tarea de docente en Königsberg.

§ 5. La definitiva identificación con su propio rumbo

Como veremos, Kant estaba firmemente convencido de que antes de los cuarenta años no se suele haber alcanzado lo que, por abreviar, llamaremos *madurez personal*. Pues bien, esa edad tenía Kant cuando redactó unas líneas, que la suerte nos ha permitido conocer, y en las que se le siente vibrar y «confesarse» —algo poco habitual en él—, a la vez que muestra cómo se le presenta su misión, al margen de toda pedantería y ensueño (en la carta a Lindner antes citada, después de referirse a ciertas compensaciones psicológicas, decía: «Y así voy soñando mi vida» —«und träume mein Leben durch»). Trátase de una nota marginal, escrita por Kant en su ejemplar de aquel delicioso librito, que dio a luz en 1764 y que lleva por título *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen*. (Se equivoca, pues, Jaspers, al referir el texto a 1762¹⁴; no pudo ser escrito ni antes del 64 ni mucho tiempo después, ya que su segunda edición aparecía en 1766). Fue descubierto por Schubert (coeditor con Rosenkranz de la primera edición de las Obras de Kant) y recogido luego por Hartenstein en sus *Fragmente aus Kants Nachlass*¹⁵. Dice así el famoso texto: «Yo soy mismo por inclinación un investigador, siento total sed de conocimiento y la ávida inquietud de avanzar en él, como también la satisfacción con cada progreso. Hubo un tiempo en que creía que todo esto podía constituir el honor de la Humanidad y despreciaba a la plebe que no sabe de nada. Rousseau

¹³ X, 18-19.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 182.

¹⁵ Cassirer, *op. cit.*, p. 94, nota.

me ha enderezado ("hat mich zurecht gemacht"). Aquella prioridad ofuscante desaparece. Aprendo a honrar a los hombres y me tendría por más inútil que el trabajador común, si no creyera que esta consideración («Kant piensa en el filosofar», dice Jaspers¹⁶) puede dar un valor a todo lo demás, para instaurar los derechos de la Humanidad».

Mucho nos permiten descubrir de Kant estas sinceras líneas. Ahora ha superado la motivación psicológica que había acompañado sus primeros pasos en el filosofar: el orgullo, procedente en una hipóstasis del saber. Lo que honra al hombre no es saber mucho o poco, sino, como veremos, poseer un carácter. Y en la constitución del carácter juega un papel privilegiado el aprender a pensar por sí mismo, algo en lo que la Filosofía puede y debe decir su palabra. Además, a la vez que confiesa que es un ávido buscador de la verdad, reconoce que el verdadero valor de la Filosofía y del saber no radica en el banal querer diferenciarse de los otros, sino en el colaborar a la instauración de los derechos del hombre. Es decir, la Filosofía tiene una finalidad práctica.

(Obsérvese, de pasada, la importancia de Rousseau en la evolución de Kant hacia la comprensión de la vida afectiva (Gefühl). Está muy patente en el *Preisschrift*¹⁷ y en las *Beobachtungen*¹⁸. Ya en 1762, a los treinta y ocho años de edad, un día ha faltado a su ya puntual y famoso paseo, por estar entregado a la lectura del *Emile*. Muchos años después, como es sabido, volverá a alterar su ritual para buscar noticias acerca de la Revolución francesa. Kant, cada varios lustros, se permite estas frivolidades.)

§ 6. La problemática enseñanza de la Filosofía

La maduración personal y la de su magisterio tenían forzosamente que reflejarse en su nuevo modo de encarar la Filosofía y su enseñanza. Si es cierto, como suponemos, que en la grandiosa obra que Kant nos ha legado su punto culminante lo constituye *su lección del filosofar*, debemos atender a cómo ésta sufre una inflexión definitiva a la hora de alcanzar Kant la primera cumbre de su magisterio, hacia los cuarenta años. También aquí la suerte vuelve a favorecernos, conservándonos un documento de enorme interés.

Preparábase Kant para iniciar su semestre de invierno de 1765/66, a sus cuarenta y un años de edad, cuando se le ocurrió publicar una

¹⁶ *Op. cit.*, *ibidem*.

¹⁷ II, 299.

¹⁸ Inclusive, en el estilo de la obra: II, 205-256.

especie de reclamo del mismo, al que tituló *Noticia acerca de la Organización de sus Lecciones durante el Semestre de Invierno de 1765/66* (*Nachricht von der Einrichtung seiner Vorlesungen in der Winterhalbjahre von 1765/66*). En este escrito, y después de criticar agudamente la didáctica universitaria, encara constructivamente el problema al declarar que el estudiante «no debe aprender *pensamientos*, sino a *pensar*», aunque «crea que *aprenderá Filosofía*, lo que es imposible, pues ahora debe *aprender a filosofar*»¹⁹. Con ello inaugura un enfoque revolucionario de la Filosofía, encarándola como una actividad en ejercicio: *como filosofar*. La defensa de este punto de vista, al que permanecerá fiel hasta su muerte, no sólo desvela una transcendental doctrina de Kant; también nos descubre, en gran medida, el secreto que emana de todos sus escritos: Es que son un ejercicio riguroso de filosofar, en el cual el pensador, Kant, forzosamente viene a nuestro encuentro y se nos hace presente, inclusive contra su voluntad de permanecer en la distancia.

Kant ya no abandonará esta actitud y doctrina ni tampoco los argumentos en que la apoya, y que están presentes en esta *Noticia*, en la *Crítica de la Razón pura*, y, de nuevo, en la *Lógica* editada por Jäsche, en 1800, bajo la supervisión de Kant. Pero quizá donde ha sabido encerrar en la fórmula más concisa el pensamiento que le guía es, en una frase del *Nachlass*. Efectivamente, en su obra póstuma, entre los millares de fragmentos que conservamos de Kant, sobre todo notas que iba amontonando a lo largo de los años y al hilo de su pensar, se conserva una que dice así: «No se puede aprender Filosofía, pero sí a filosofar» («Man kann nicht Philosophie, wohl aber philosophieren lernen»)²⁰.

El estudiante viene de la enseñanza pre-universitaria habituado a aprender cosas, a almacenar datos y doctrinas. Y en el embalamiento adquirido accede a la Universidad dispuesto a «aprender Filosofía». Kant denuncia la inviabilidad del proyecto: No se puede aprender Filosofía. Ni, por tanto, enseñarla. ¿En qué razones se basa Kant para negar tan perentoria intransmisibilidad de la Filosofía?

§ 7. La distinción entre conocimientos históricos y racionales

Si hiciéramos una lectura superficial y rápida de los textos mencionados de Kant, encontraríamos una primera respuesta que, resumidamente, rezaría así: No se puede enseñar Filosofía por algo muy

¹⁹ II, 306.

²⁰ XVI, 66, (*Reflexionen zur Logik*, Nr. 1652.)

simple: porque la Filosofía no ha existido nunca. En efecto, leemos en la *Noticia*: «Para aprender Filosofía tendría que haber antes que nada una cualquiera. Debería poderse mostrar un libro y decir: Ved, aquí está la sabiduría y el conocimiento confiable; aprended a comprenderlos y captarlos, construid después sobre ellos y sed filósofos»²¹.

La *Introducción* a las Lecciones de Lógica, ya mencionada, insiste también en ello: «¿Cómo se podría aprender propiamente Filosofía? Todo pensador filósofo construye su propia obra sobre las ruinas de otra, por decirlo así; pero ninguna accedió a la condición de permanecer duraderamente en todas sus partes. Ya por ese motivo no se puede aprender Filosofía, porque *no ha existido nunca*.» Pero, atención, el texto continúa: «Mas supuesto que *existiese una realmente*, nadie que la aprendiese podría decir de sí que era un filósofo, pues su conocimiento de ella sería únicamente *subjetivo-histórico*»²². Es decir, en última instancia, la intransmisibilidad de la Filosofía no radica en la razón *de facto* de su inexistencia, sino en algo que atañe a su naturaleza propia.

Ya en la *Noticia* distinguía Kant entre conocimientos *históricos*, que son los que de suyo se aprenden, y los *matemáticos*, que pueden ser objeto de aprendizaje, pero que ofrecen características opuestas a los primeros. Esta distinción, y siempre referida a la enseñanza o al aprendizaje de la Filosofía, aparece igualmente en la *Crítica de la Razón pura*, en el tercer capítulo de la Doctrina trascendental del Método, aunque aquí se distinguen definitivamente los conocimientos *históricos* de los *racionales*, a los que pertenecen los *matemáticos*. Por parecerme más sucinta la exposición de la *Crítica* de tan curiosa distinción, paso a referirla: «Si abstraigo de todo contenido del conocimiento, objetivamente considerado, entonces es todo conocimiento, subjetivamente, o histórico o racional. El conocimiento histórico es *cognitio ex datis*; el racional, *cognitio ex principiis*»²³. El «subjetivamente», como se deduce sin lugar a dudas del contexto, mienta el origen o proveniencia de los conocimientos posibles que yo pueda venir a tener. Pues bien, unos, por su propia naturaleza, tienen que serme «dados», ofrecidos, bien experiencialmente o por testimonio ajeno, como ya anunciaba en la *Noticia*²⁴. A esos es a los que llama *históricos*. A éstos «pertenecen, aparte de la propia Historia, la Historia Natural, la Lingüística, el Derecho Positivo, etc.»²⁵: Por consiguiente, y en una palabra, todo conocimiento que no en-

²¹ II, 307.

²² IX, 25.

²³ III, 540 (A 835/6, B 863/4).

²⁴ II, 306.

gendra mi propia razón en su intimidad (tenga o no que ser estimulada desde fuera para que se ponga en ejercicio). Es evidente que no puedo saber que este papel es blanco si no lo incluyo en mi experiencia. Desde mi razón, nunca podría llegar a averiguar que hay papel ni que éste ofrece las características que de él descubro. Por el contrario, y permitiéndome de nuevo hacer uso de ejemplos propios, que no tomé de Kant, otra cosa ocurre con verdades, como la que expresa el teorema de Pitágoras. Yo lo conozco no cuando alguien lo formula ante mí y acepto y retengo su formulación, sino cuando yo mismo, poniendo en uso mi capacidad de razonar, realizo lo que en él se me comunica y, por decirlo así, lo «descubro» en mí mismo (en mi razón). Aunque muy probablemente jamás llegaría a formularme tal teorema, de no haber alguien que me lo comunicara (directamente o a través de un libro), lo que yo llego a saber de él, estimulado por el docente, lo averiguo por mí mismo al ejercitar mi razón.

Al llegar a este punto nos asalta una pregunta: ¿Por qué Kant ha elegido la denominación, un tanto ambigua, de «históricos» para los conocimientos no racionales? (Ambigua, sobre todo, para nosotros, que no solemos ya pensar en lo que significó en Grecia *ιστορία*). Estoy convencido de que la tomó de uno de los Manuales que frecuentaba, concretamente del de Georg Friedrich Meier, *Auszug aus der Vernunftlehre (Resumen de la Doctrina de la Razón)*, publicado en Halle en 1752. En su parágrafo 18 decía Meier: «Todo conocimiento, en tanto que no es racional, es llamado *conocimiento común o histórico* (cognitio vulgaris, historica). Todas las cosas pueden ser conocidas históricamente; aun cuando se conozcan sus fundamentos; mientras no se entienda con evidencia la conexión de las secuencias con sus fundamentos, se poseerá tan sólo un conocimiento histórico»²⁶.

Estamos ahora en condiciones de comprender, adecuadamente, lo que nos decía Kant en la Introducción a la *Lógica*; al afirmar que, hasta en el caso de que existiese una Filosofía, «nadie que la aprendiese podría decir de sí que era un filósofo, pues su conocimiento de ella sería únicamente *subjetivo-histórico*»²⁷. Por ello escribía en la *Crítica*, después de distinguir entre los conocimientos históricos y los racionales, que «él que haya *aprendido* propiamente un sistema de Filosofía; por ejemplo, el *wolfiano*, aunque tuviera en su cabeza todos los principios, explicaciones y demostraciones, junto con la división de todo el edificio doctrinal, y lo tuviera todo en la punta de

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ En *Materialien zu Kants 'Kritik der Urteilskraft'*, ed. por Jens Kulenkampff, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1974; p. 36.

²⁷ IX, 25.

los dedos, no poseería de la Filosofía wolfiana más que plenos conocimientos *históricos*; y sabe y juzga sólo lo que le ha sido dado. Si se le discute una definición no sabe de dónde extraer otra. Se ha formado según una razón ajena; pero la facultad imitadora no es la creativa, esto es, el conocimiento no surgió en él *de* la razón, y aunque objetivamente en verdad fuese un conocimiento racional, subjetivamente es meramente histórico»²⁸.

Para Kant hay sólo dos clases de conocimientos racionales (por su origen, claro está): los matemáticos y los filosóficos. Mas a pesar de lo dicho, los matemáticos pueden adquirirse mediante el aprendizaje, pues «las demostraciones son aquí tan evidentes que cualquiera puede convencerse de ellas»²⁹. O lo que es lo mismo, el razonar matemáticamente se pone fácilmente en marcha, con sólo estimular al aprendiz, mostrándole los axiomas, las definiciones, etcétera, en que se basa la doctrina. De ahí que pueda concluir Kant: «Sólo se pueden aprender, de entre todas las ciencias de la razón (*a priori*), las Matemáticas; jamás la Filosofía (como no sea históricamente); a lo sumo, por lo que a la razón respecta, sólo se puede aprender a *filosofar*»³⁰.

¿Podremos, entonces, concluir que la peculiarísima intransmisibilidad de la Filosofía se debe sólo a que es más difícil razonar filosófica que matemáticamente? Sin duda alguna. Pero Kant no atribuye esa dificultad, como podría suponerse, al hecho de que la Filosofía no haya conseguido un cuerpo doctrinal estable como la Matemática, o a que requiera un especial «talento». Es que el razonar filosófico, como pasaremos a ver, requiere una peculiar *actitud*, que compromete —podríamos decir— al ser del hombre, y que éste sólo pone en ejercicio cuando ha adquirido lo que Kant llama un «carácter».

§ 8. La dimensión personal del pensar filosófico

Recapitémos aún en lo que vamos averiguando acerca de lo que Kant entiende por «filosofar», para no quedarnos en la mera dimensión negativa del «no se puede aprender Filosofía, pero sí a filosofar».

Como acabamos de ver, una buena parte del acervo cognoscitivo que poseemos nos viene «desde fuera», bien sea porque nos es ofrecido, dado, mediante la experiencia, o porque nos es comunicado por alguien. En ambos casos, y aunque yo tenga que elaborar, entender y almacenar en mi memoria lo que me es ofrecido, o sea, aunque yo

²⁸ III, 540/41 (A 836, B 864).

²⁹ *Nachricht*, II, 307.

³⁰ *KrV.*, III, 541/42 (A 837, B 865).

tenga que colaborar activamente en la adquisición de los conocimientos de tal tipo, éstos no surgen de mí ni se engendran a partir únicamente del uso de mi razón. Por su propia naturaleza se constituyen con elementos foráneos a mi mente y no son deducibles ni *creables* por ella. Otra cosa muy distinta ocurre con los conocimientos filosóficos, que implican un *pensar* que no puede llevar a efecto otro por mí: *Tengo que ser yo quien los piense*; lo que supone mucho más que comprender lo que alguien me transmita. Sólo un pensamiento creado por mí (o lo que equivale a lo mismo, recreado en mí) puede aspirar a ser filosófico. Mientras siga estando pensado por otro, por bien que yo «lo haya captado y conservado, esto es, aprendido», no pasó de tener «la reproducción en yeso de un hombre vivo», según la expresiva metáfora de Kant³¹.

Con ello comienza Kant a tocar el nervio del problema: El aprendiz de filósofo no puede pensar desde otro; tiene que hacerlo por sí mismo. Y su actividad le es tan propia y personal que no se la puede transmitir. Tiene que ser él quien comience a pensar. Dicho con otras palabras, Kant niega la transmisibilidad de la Filosofía, porque saber de ella es una cuestión personalísima, de cada cual. El maestro no puede intervenir eficazmente en la producción de algo tan propio y personal. A lo más podrá servir de ejemplo, estimular, fomentar... el que cada uno *piense por sí mismo*, que es justamente lo opuesto a pensar desde otro.

Oigamos a Kant: «El verdadero filósofo, en tanto que piensa por sí mismo (als *Selbstdenker*), tiene que hacer un uso libre y asumiente de su razón, y no uno servilmente imitativo»³². Hemos dado con la clave del problema: el filosofar es un *pensar libre*: Pensar es un asunto de la libertad.

§ 9. La hazaña del pensar

En 1784, en aquel breve pero sustancioso artículo que se titula *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?* (*Respuesta a la Pregunta: ¿Qué es Ilustración?*), Kant intenta describir el fenómeno de la «ilustración». Le he llamado fenómeno y lo he escrito con minúscula, porque en época de Kant, y aún durante unos decenios, nadie toma este término como la denominación de una fase o período del siglo XVIII, como hoy hacemos. Para Kant y sus contemporáneos, la «ilustración» es un acontecimiento de la mente humana. Kant llega

³¹ III, 541 (A 836, B 864).

³² IX, 26.

a precisar, justamente en este escrito, que la «ilustración» expresa más un estado evolutivo que una adquisición: «¿Vivimos ahora en una época *ilustrada*? La respuesta es: No, sino en una época de *ilustración*»³³.

Se han hecho famosas las palabras con que comienza el citado escrito, y que ahora nos interesa recordar: «*Ilustración es la salida del hombre de su imputable minoría de edad*. Minoría de edad es la incapacidad de servirse uno de su entendimiento sin la guía de otro. Esta minoría de edad es culpable cuando la causa de la misma no radica en falta de entendimiento, sino de decisión y valor para servirse de ella sin la guía de otro»³⁴. O sea, la emancipación implica *resolución y valentía*.

El tomar uno las riendas de la propia razón, es decir, el dejar de ser parásito y satélite de lo que los otros piensan, por tanto, el ser protagonista cada uno de sus propias facultades, implica una hazaña ética. «Sapere aude!», nos lanza a la cara Kant: «¡Atrévete a saber!» Porque los enemigos de la emancipación son la *pereza* y la *cobardía* (*Faulheit und Feigheit*). «¡Es tan cómodo —nos dice irónicamente— ser menor de edad!»

¡Curiosa implicación entre el pensar y el orden ético! Ser capaz de tomar decisiones valientemente es condición constitutiva del uso de la razón. No se piensa, por cobardía, por falta de carácter, por comodismo. Es muy «cómodo» ser conducido por otro, continúa Kant: «Si poseo un libro, que tiene entendimiento por mí; un director espiritual, que tiene conciencia por mí; un médico, que juzga en mi lugar de la dieta, etc., no necesito ya incomodarme»³⁵. Sí, ser protagonista cada uno de su propia vida es incómodo. Y más aún que eso: se lo tiene por «*sehr gefährlich*», por muy peligroso. De ahí que, según Kant, una gran parte de la Humanidad se instale en la minoría de edad.

Pensar por sí mismo parece, pues, a la mayoría tarea altamente peligrosa. Y sin embargo, para conducirnos en la realidad sólo tenemos un recurso posible: Echar mano de toda nuestra audacia, de todo nuestro valor, abandonar la pereza y el comodismo y emplear nuestra propia razón. A eso será a lo que Kant llamará «orientarse en el pensamiento», dos años después, en su escrito, no menos famoso: *Was heisst: Sich im Denken orientiren?* (1786). «Orientarse en el pensamiento —nos dice allí— significa... determinarse por los principios subjetivos de la razón, ante la insuficiencia de los obje-

³³ VIII, 40.

³⁴ VIII, 35.

³⁵ *Ibidem*.

tivos»³⁶. ¿Qué quiere decir con ello? La Filosofía tradicional reconocía que filosofar —y, por tanto, pensar— es encarar los principios de la razón. Pero entendía que ésta, la razón, era la objetiva, la constitutiva de las cosas, que con dificultad descubrimos y que, por tanto, es problemática guía. Kant cree que resulta más seguro y hacedero (además, inevitable, desde su punto de vista) servirse de algo que tenemos más a la mano, en nosotros mismos: la razón subjetiva, o sea, la del sujeto, la de cada uno de nosotros. Mas ésta, no por descubrirla en mí se reduce a algo particular, variable de hombre a hombre. Para Kant la razón es de suyo universal; «Los conocimientos racionales, que son objetivos . . . , sólo pueden llevar también ese nombre de subjetivos cuando han sido extraídos de las fuentes universales de la razón», nos dice dentro del texto de la *Crítica de la Razón pura*, que hasta ahora tanto hemos usado³⁷. Por eso para él, dejarse determinar por la propia razón (orientarse en el pensamiento), es dejarse conducir por las leyes inalterables y universales de la Razón.

Pero ya decíamos que proporcionarse un carácter, o sea, comenzar a andar por sí mismo, implica una ruptura. Por el pronto, no hay conducta ética sin la suplantación de las máximas particularizantes por leyes universalizables. Esto, piensa Kant, no puede producirse por una lenta evolución, «por una *reforma* paulatina, mientras permanezca turbia la fundamentación de las máximas; sino que tiene que ser provocado por una *revolución* (*Revolution*) en el modo de pensar (*Gesinnung*) del hombre», como afirma en *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (1793)⁴³. «Educación, ejemplos, enseñanza» no pueden provocar *poco a poco* (*nach und nach*) este cambio radical; éste tiene que producirse «mediante una explosión (*Explosion*)», dice en la *Anthropologie*⁴⁴. Sólo, pues, una convulsión de actitudes, hábitos y opiniones puede dar inicio a la emancipación, es decir, a que cada uno haga uso por sí mismo de su razón, a que sea protagonista de su vida. Esta exigencia, llevada a sus más radicales consecuencias y fundada en la esencia de la libertad, será lo que definirá al posterior Idealismo alemán, que aquí se inicia. Pero no es el momento de detenernos en este punto.

³⁶ VIII, 136.

³⁷ III, 541.

³⁸ VIII, 145.

³⁹ VIII, 36.

⁴⁰ Volveremos sobre ello al final del § 10 (véase nota 48).

⁴¹ VII, 293.

⁴² VII, 294.

⁴³ VI, 47.

⁴⁴ VII, 294.

En *Die Religion*, insistiendo en su descubrimiento, nos dice Kant: «La formación moral del hombre tiene que partir no de la mejora de las costumbres, sino de una convulsión en el modo de pensar (*Umwandlung der Denkungsart*) y de la constitución de un carácter»⁴⁵. Kant llega a describir tal revolución con las características de una *conversio* religiosa: «Sólo se puede devenir un hombre nuevo mediante un modo de renacer (*durch eine Art Wiedergeburt*), por una nueva creación (*Ev. Joh. III, 5; compárese con I. Mos. I, 2*)»⁴⁶.

No es de extrañar que si el ponerse a pensar por sí mismo implica tal esfuerzo, tan invulgar revolución interior, «deben ser pocos los que lo han intentado antes de los treinta años, y menos aún los que lo han conseguido firmemente antes de los cuarenta», según reza la conocida frase de Kant en la *Anthropologie*⁴⁷.

En 1784, cinco años antes de la revolución francesa, Kant declaraba en *Was ist Aufklärung?*, que no puede confundirse tal convulsión personal con un acontecimiento político: «Mediante una revolución (entiéndase política) se producirá quizá el hundimiento de un despotismo personal y de la opresión codiciosa o dominadora, pero nunca una verdadera reforma en el modo de pensar; nuevos prejuicios servirán, como los antiguos, para la conducción de la gran masa acéfala (*des gedankenlosen grossen Haufens*)»⁴⁸. La única, la auténtica revolución, es la de la hazaña del pensar.

§ 11. La gran lección de Kant

«No se puede aprender Filosofía, pero sí a filosofar», nos dice Kant, como hemos repetido. Pero a este «aprender» no corresponde paralelamente un «enseñar», en el sentido más banal del término. Habríamos deformado el pensamiento de Kant si creyéramos que es «enseñable» el filosofar, pues éste implica una *radical* actividad independiente. Pero también, en menor o mayor grado; todo «aprender» supone la activa participación del discente. Lo que ocurre es que el ejercicio del conocer y del razonar *in genere* (por ejemplo, en las Matemáticas) sólo implica el esfuerzo de poner en uso determinadas capacidades (facultades) del sujeto. Mientras que el filosofar (o el pensar *sensu stricto*) requiere que sea el sujeto mismo el que se convierta en «facultad», por decirlo así. En esta operación radical y personalísima, de rasgos prácticos, el «sí mismo» o la actividad

⁴⁵ VI, 48.

⁴⁶ VI, 47.

⁴⁷ VII, 294.

⁴⁸ VIII, 36.

que pasa a la acción es descrita por Kant como «razón»: «Pensar por sí mismo significa buscar la piedra de toque suprema de la verdad en sí mismo (esto es, en la propia razón —in seiner eigenen Vernunft»), afirma Kant en *Was heisst: Sich im Denken orientiren?*⁴⁹. Lo que no implica, como sabemos, que en esa apelación a la intimidad singular y propia de cada uno se esté suponiendo la multiplicación y dispersión de la razón; sólo el que habita, vive y se ejercita *in interiore homine*, como la verdad, según S. Agustín.

Según esto, quien auténticamente consiga filosofar, y no se contente con indicarnos el resultado de su penoso buscar, nos mostrará, aún sin proponérselo, su desnuda intimidad de algún modo; su modo de ser hombre. De ahí la extraña presencia de Kant en sus escritos, que señalábamos al comienzo. Porque pensar —y no meramente intentar adoctrinar— es manifestar a voces lo más recóndito de sí, pregonarlo y ofrecerlo como dádiva.

Y esta oferta... es un enseñar, el único posible. Desde la *Noticia*, y sin caer en contradicción consigo mismo, nos propone: «El método propio de instrucción en Filosofía es *zetético* (*zetetisch*), como le llamaron algunos antiguos (de Ζητην), es decir, inquisitivo»⁵⁰. Porque si no se puede enseñar a nadie, en el sentido corriente del término, a pensar (como no se puede enseñar a ser hombre), si se puede preparar de modo indirecto el que el acontecimiento, que cada uno debe realizar por sí, se produzca. En la *Noticia* hasta llegó a pormenorizar detalles de una embrionaria didáctica filosófica. Pero en el fondo ésta sólo consiste en hacer presencia del pensar. Kant, que se adjudicó una especial tarea inquisitorial, la crítica, vino, sin proponérselo, a ocupar un privilegiado magisterio, para el que, además, poseía las dotes excepcionales de una sinceridad radical y de una autoexigencia sin límites.

El sabía que el filósofo ni puede ni debe abdicar del magisterio, que, por otra parte, fue especialísima vocación suya. Lo que ocurre es que tal magisterio, el supremo para él dentro del orden humano, sólo puede ser ejercido en la prosecución de un ideal. Como escribe en la *Crítica de la Razón pura*, «el matemático, el naturalista, el lógico» no pasan de ser «artistas de la razón (*Vernunftkünstler*). Pero hay un maestro como ideal, que los pone en conexión, que los utiliza como herramientas para fomentar los fines esenciales de la razón. Sólo a éste debemos llamar *Filósofo*»⁵¹.

⁴⁹ VIII, 146, nota.

⁵⁰ II, 307.

⁵¹ III, 542/43.

Muchas son las doctrinas, los atisbos y sugerencias que emanan de la obra de Kant. Pero sobre todo ello flota impalpable el *pensar* de Kant; es *pensar* que implica al hombre. Se puede discutir una doctrina, no un hombre.

Hay hombres que se han atrevido a pensar. Immanuel Kant se ha arriesgado a ello. Y en eso radica la mejor de las lecciones que nos lega.

OSWALDO MARKET